

# BIESCAS

En una encrucijada de caminos, a las puertas del Valle de Tena, se encuentra la localidad de Biescas. Dista 72 km de la capital de la provincia, por la línea que marca la N-330, carretera de Huesca a Francia E7. Rebasado el puerto de Monrepós se llega a Sabiñánigo, donde es preciso desviarse a la derecha, en el cruce del Aurín, para tomar la N-260 en dirección Biescas, Sallent de Gállego y Francia por el Portalet, a lo largo de los siguientes 15 km.

Actualmente se incluyen en el municipio de Biescas tres entidades locales. La entidad formada por los núcleos de Aso, Yosa y Betés se halla en la margen derecha del río Gállego, en la zona conocida históricamente como Sobremonte, a casi 1.300 m de altitud. Piedrafita de Jaca, Polituara y Búbal constituyen una entidad local más septentrional, con una altitud media de otros 1.300 m, en tierras del Valle de Tena, entre el Ibón de Piedrafita y el embalse de Búbal, donde confluyen las aguas del Gállego y el Caldarés. Gavín, como una entidad propia, se sitúa más hacia el Este, algo alejada de la margen izquierda, en un punto elevado sobre el barranco de Sía, que desemboca en el Gállego aguas abajo de Biescas. Ainielle, Barbenuta, Berbusa, Casbas de Jaca, Escuer, Espierre, Javierre del Obispo, Oliván, Orós Alto, Orós Bajo y Susín, a pesar de su dispersión, tienen consideración de barrios. Avanzado el siglo XVI, dependían de la parroquia de San Salvador las ermitas de San Esteban y de San Torcaz, ya derrumbada, además de la de Santa Elena, patrona de la localidad. En el XVII, se mencionan en relación a la parroquia de San Pedro las de San Jaime, San Mamés y San Martín, en ruinas, y en pie Nuestra Señora de la Collada y San Juan Bautista.

La localidad de Biescas se halla en la ladera este de un antiguo valle glaciar, en la parte alta de la comarca del Serrablo, a la salida del Congosto de Santa Elena. Es el lado meridional de la Sierra de Tendeñera, en el Prepirineo interno. Son perfectamente visibles en el paisaje las capas sucesivas de areniscas y arcillas que constituyen los espectaculares plegamientos del Flysch. En dirección a Francia, el terreno se vuelve cada vez más agreste, en las montañas que conforman el Valle de Tena y que constituyen el verdadero núcleo paleozoico del Pirineo, el Pirineo Axial. El río Gállego, al que los romanos denominaron *Flumen Gallicum* por descender desde los límites de la antigua provin-



La Peña desde la calle Mayor en 1950. Torre y restos de muralla. Iglesia de San Salvador. Debajo, Plaza de la Estrella  
(Foto: Colección Sebastián Estaín)

cia romana de las Galias, ha encajado profundamente su cauce en la falla geológica, formando el desfiladero de Santa Elena, para fluir después, libremente, hacia el Sur a lo largo del valle glaciar.

La importancia histórica de Biescas radica en su situación geográfica. Punto de convergencia entre las vías que descendían de los puertos de Sallent, al Norte, por la línea que marca el Gállego, y las que circulaban en sentido transversal por la vertiente meridional de los Pirineos, la villa dominaba los caminos en el vado del río. Los numerosos restos de culturas antiguas en el término municipal hablan de un pasado remoto. Monumentos megalíticos del período Neolítico, como los famosos dólmenes, en el campo de Santa Engracia, una dedicación a la mártir cesaraugustana que indica la cristianización de lugares sagrados prehistóricos, y numerosas alusiones a la época romana, que se concretan en vestigios, topónimos, tradiciones y leyendas. Una *via* romana, el Camino real marcaba el recorrido del "camino de Santa Elena", que toma el nombre de la ermita de la patrona de Biescas, por la margen izquierda del Gállego, y cruzaba el barranco de Lasieso mediante un sencillo puente de piedra plano, no en forma de "lomo de asno" como los medievales. El puente romano, que aún existe, ha sido reparado en numerosas ocasiones sin perder su aspecto original. Todavía pueden verse algunas de las grandes piedras que enlosaban el pavimento del camino, agrupadas en el suelo o ya dispersas por el entorno, que podrían recuperarse, y con él parte de la vía romana que subía de la antigua Osca.

El propio nombre de Biescas podría tener su origen en el latín, sin haber sufrido prácticamente otros cambios al convertirse en lengua romance que la ortografía. El Padre Martón propuso en el siglo XVIII una etimología latina, de las voces *vi* y *escas*. Posteriormente se ha apostado por la voz pirenaica pre indoeuropea *Bizka* o *Bizkar*, literalmente "colina, altozano", pero en plural, por referirse a las dos colinas en que se asientan dos de los barrios de Biescas. Si consideramos que en la documentación conservada aparece con más frecuencia Viescas con V, que Biescas con B, variaciones que eran frecuentes ante la ausencia de una norma ortográfica fija, podemos considerar la hipótesis de una relación etimológica con el verbo latino *viesco*, y su participio *vietus-a-um*, marchito, arrugado, ennegrecido, viejo, en alusión a los numerosos pliegues del Flysch y al color oscuro de las margas que lo componen. Ese es el aspecto de la roca, La Peña, que se halla en el origen de la localidad de Biescas. Un aspecto común a otros lugares del Pirineo que se formaron en el mismo período geológico. Porque, independientemente de la etimología, una cuestión de importancia muy relativa, hemos de situar el núcleo originario de Biescas en la cumbre de esa gran formación rocosa, en la margen izquierda del río Gállego. Protegida de forma natural por la altura y a salvo de las crecidas del río que habían configurado el propio altozano de La Peña, la población se concentró en la parte más amplia de la meseta superior, inclinada hacia el Este. La vista desde el Sur era la de un imponente acantilado rocoso. Por el Norte disminuía en parte la diferencia de altura. Hacia el Nordeste, enlazaba con los antiguos caminos romanos y prepirenaicos. Y al Noroeste, avanzaba sobre el río un espigón, como punto más alto, de vigilancia sobre el territorio. Es el espacio conocido como el *Cemendón*, en ocasiones *Zemendón*, otro nombre romano que procede, en este caso, de la palabra latina *caementum*, cuyo significado es "piedra para edificar", del que deriva el vocablo español "cemento". Los habitantes de Biescas utilizaron secularmente el Cemendón como cantera de superficie para todas sus construcciones. Sólo en muy contadas ocasiones se buscaron en la Edad Media canteras alejadas del lugar de las obras y mucho menos si había que transportar la piedra a semejante altura. Esa es la razón por la que no se levantaron viviendas en el Cemendón hasta la década de 1990. El caso, salvando las diferencias, es el mismo de ciudades como Toledo, donde se utilizó "La Roca", en la parte más alta, para obtener el material destinado a la edificación.

## El desarrollo urbano

**A**PESAR DE LA INSISTENCIA de la toponimia latina, no se han localizado restos romanos en el núcleo urbano de Biescas, lo cual no quiere decir que no existan o no hayan existido. Los primeros datos documentales sobre la villa

conocidos hasta ahora se remontan al siglo XI, aparecen en el Cartulario de San Juan de la Peña y pertenecen a la década entre 1020 y 1030, aunque su origen bien podría ser anterior. Unos años más tarde, en 1083, debía pertenecer al "seniorado"

de Senegüé, pues uno de los "seniores", Sancho Aznárez, se intitulaba *senior in Viescasa et Senebue*. Se trata de Biescas Subirón o Sobirón, otro de los muchos términos latinos, procedente del calificativo romano *superius*, lo que está en el punto más elevado. No encontramos, como en otros lugares, la diferenciación toponímica entre el pueblo alto y el bajo de un mismo municipio, como en Louvie-Soubiron y Louvi-Juzon, cerca de Laruns, al otro lado de la frontera con Francia, o L'Espluga Sobirana y L'Espluga Jussana, en la provincia de Tarragona. Hay que sobreentender, pues, que en un principio se trataba de un solo pueblo, situado en lo alto de La Peña, en torno a la iglesia de San Salvador. La mayor parte de las iglesias españolas anteriores al siglo XII tuvieron esta advocación. Algún tiempo después se crearía una nueva parroquia, la de San Pedro, enfrente, al otro lado del río, para controlar el paso por el vado de personas y animales, con la correspondiente feligresía. Antes de finalizar la centuria, la población de Biescas había crecido tanto como para enviar cincuenta hombres a la batalla de Alcoraz en 1096, con motivo de la reconquista de la ciudad de Huesca, a las órdenes del rey de Aragón Pedro I. Un traslado o copia de 1644, realizado sobre un texto anterior, cuenta que "Entre los montañeses que fueron a militar en esta feliz campaña, fueron a propia costa cincuenta soldados hijos de la villa de Biescas". Alfonso I el Batallador reconoció como caballeros infanzones e hidalgos a los descendientes de aquellos soldados, que también acudieron en su ayuda con motivo de la conquista de Zaragoza en 1118. Todavía quedan en Biescas apellidos de algunas de aquellas familias.

Cuando se contempla La Peña desde la calle Mayor, las casas aparecen alineadas en lo alto, al borde del despeñadero.

A la izquierda de la iglesia, en la actual Casa Pedro José, sobresale entre las gruesas paredes el cilindro de una torre. No faltan en ella las saeteras, de frente y por el lado, confirmando con ello su función defensiva. Vista a su altura, desde el magnífico mirador que hay junto a la iglesia, se advierte el riesgo que comporta la peligrosa inclinación del edificio hacia el vacío. La torre forma parte de las fortificaciones que existieron en La Peña durante la Edad Media. Se piensa que puede ser los restos del antiguo castillo, orientado hacia el Sur. Imposible acceder para comprobarlo. Sin embargo esta torre parece estar relacionada, más que con un castillo, que también pudo existir, con todo un recinto amurallado de considerables proporciones, que protegería a la población de la meseta. En la misma línea de "la catarra", hacia poniente, se observan las ruinas de una segunda torre muy maltrecha, además de la posible base rocosa de otra, antes de llegar al Cemendón. Y se intuye, calculando las distancias, la necesidad de una cuarta en el entorno de la iglesia, a la altura de Casa La Peña, hasta Casa Mercadé con la torre mejor conservada.

Este amplio espacio incluía en lugar preferente la iglesia de San Salvador, asomada sobre el precipicio hacia el Sur, con el cementerio adjunto y la "abadía" o casa rectoral, además de otros terrenos y construcciones. A falta de algunas catas arqueológicas que ayuden al historiador del arte, podemos pensar que una sola calle, la actualmente dedicada a Fernando el Católico, atravesaba longitudinalmente de Este a Oeste una gran parte del recinto. En 1941 era conocida como de las Mercedes y también una parte del Tinte, porque comunicaba con El Tinte, en la parte baja, a la orilla del río, mediante la Cuesta de la Tornagua, que arrancaba del Cemendón. Era el

La Peña



La Peña. Torre Casa Pedro José





La Peña. Torre en ruinas



La Peña. Torre Casa Mercadé



La Peña. Torre y restos de muralla en Casa Mercadé

recorrido habitual de los habitantes de La Peña para hacer provisión suplementaria de agua, ya que abundan en el pueblo los acuíferos subterráneos procedentes del monte Larcín. En Casa Pedro Aso, esquina con el callejón, hallamos un bonito motivo ornamental con arco conopial tardogótico incluido, posible resto del edificio más antiguo. A uno y otro lado de la calle se agrupaban las casas y, junto con ellas, algunos establos, corrales y huertos. De allí, hasta alcanzar los límites de la muralla, estaría el necesario camino de ronda, utilizado como vigilancia y para mantener las viviendas suficientemente a salvo de las flechas enemigas, a lo largo de la actual calle Buenavista y el espacio ocupado hoy por las casas que asoman al precipicio. El cerco amurallado terminaba por el Norte con un camino de ronda equivalente, en el espacio que ocupan la actual calle de Santa Elena y las correspondientes casas. Se llamaba antiguamente calle del Calvario, en probable alusión a alguna cruz de término más o menos monumental, que hoy en día nadie recuerda, aunque sí topónimos como Cruz airal y Crucifierro. En ese sector norte quedaría incluido un extenso prado para el ganado que se ha conservado hasta tiempos recientes. Era necesario proteger también a los animales que pastaban libremente, al amparo de las murallas. Los prados y campos de cultivo podrían extenderse hasta el otro lado de la actual calle Goya, en el llamado Campo de La Peña de Ramón Cajal e, incluso, llegaban por el Sur hasta los muros del cementerio. Todo ello en terrenos que se han edificado en las últimas décadas del siglo XX. Más al Norte de la calle del Calvario no habría población urbana en la Edad Media. La calle del Valle de Tena tuvo antes el nombre de calle Nueva, en clara referencia a su origen moderno. El Cemendón quedaría excluido de las defensas, puesto que no estaba habitado, pero sería un importante punto de vigilancia.

Es algo más difícil precisar el trazado en la parte oriental de La Peña. Los enormes destrozos de la Guerra Civil, y el desarrollo urbano y turístico han desfigurado la zona, a pesar de lo cual es posible adivinar por dónde pudo seguir la muralla en buena parte de su recorrido, que englobaría una gran era y los pajares o bordas, algunas muy antiguas, según la línea marcada por el considerable desnivel del terreno en esa zona.

El resultado sobre el plano es un recinto urbano propio de las ciudades romanas. El *cardo*, desde el Nordeste, coincidiría con la actual calle Goya, en cuyo extremo septentrional se abriría la puerta de acceso hacia el Camino Real o Camino de Santa Elena. El *decumanus*, en sentido transversal, ahora calle de Fernando el Católico, comunicaba el núcleo más poblado con la cantera, el Cemendón, en el punto más alto, al Noroeste. Al Norte, la Sarreta formaba una barrera de roca viva. Una auténtica defensa natural muy destruida por la expansión turística de las últimas décadas. En el cruce, la plaza sin nombre donde se halla la fuente, recuerdo de un abrevadero anterior, que en una ciudad romana habría constituido el *forum*. No sabemos si existió también una puerta en esa parte oriental. Eso es lo que parece indicar el tramo de la actual



momento relativamente avanzado porque hubiera supuesto una merma en la seguridad de la población cuando aún no se utilizaba la pólvora, que convirtió en innecesarias muchas fortificaciones antiguas. El *trench* o *trenque* en la muralla medieval de la ciudad de Valencia, que fue cerrado con un portillo, facilitó el acceso desde la Plaza de la Pescadería al mercado que se celebraba extramuros. Este paso era considerado ya muy antiguo en Valencia a principios del siglo XVI.

Mientras la población se extendía desde la iglesia hacia el Cemendón, en el Sudeste se formó un núcleo vinculado con el poder. En esa parte el terreno resulta bastante llano. Es la calle del Paraíso. No fue en origen una simple calle sino el espacio abierto donde se concentrarían los peregrinos que subían, en penoso ascenso penitencial, hasta la iglesia de San Salvador, antes de continuar camino de Compostela. Al llegar a la iglesia se llegaba al Paraíso. Es uno de los pocos topónimos que ha sobrevivido indemne a lo largo de los siglos, desde los tiempos de la Biescas medieval. Solo hay en esta parte dos edificios antiguos. El más próximo a la iglesia es Casa La Peña. Una construcción austera, de posible origen medieval con sucesivas ampliaciones desde 1727 hasta el siglo XX, totalmente de piedra, que pudo ser la abadía o casa rectoral de la iglesia de San Salvador, ya que la actual casa parroquial, obra de Regiones Devastadas y posterior a la Guerra civil, ocupa espacio del lienzo de la muralla. La otra se encuentra a escasa distancia. Es Casa Pepe Estaún, para algunos "del Inquisidor". Tiene la singularidad de una puerta tardorrománica, tal vez del XIII, en la fachada principal, una puerta interior con arco conopial de hacia 1500, una ventana de finales del XVI y una probable capilla mural renacentista, transformada a su vez en otra ventana. Un par de vanos del XV en la parte posterior indican que se construyó en varias etapas. Otros detalles y elementos del interior se relacionan con la Casa Fuerte de los Acín, la conocida como La Torraza, mandada levantar en el barrio de San Pedro por Juan de Acín en 1580. Aunque Casa Pepe Estaún no es un castillo ni una "casa fuerte", pues se encuentra dentro del perímetro amurallado, es, a pesar de su deterioro, la construcción más singular de La Peña no relacionada con la Iglesia, sino con el poder civil. Quizás se trate de la vivienda del "tenente" que representaba a la autoridad real, pues Biescas fue villa de realengo, sometida al monarca y no a otro señor, y sus habitantes eran "vasallos del Rey". Se sabe que en 1131 el tenente de Biescas era Lope Jiménez, y otros tras él. La confirmación de este privilegio se produjo a finales del siglo XIV, tras las guerras en las montañas de Jaca, cuando la localidad "estaba destruida y despoblada". El rey se comprometió entonces a que nunca pudiera separarse de la Corona y suprimió toda clase de impuestos para ayudar a su repoblación. A este momento podrían corresponder algunas de las construcciones en Casa La Peña y en Casa Pepe Estaún. Cierta antigüedad tienen la Casa Mercadé, a la que pertenece la citada torre de la muralla, la de Salvador Escartín, que debió formar con esta última una unidad, ambas con reformas del siglo XVIII. Y poco más

en la zona de Casa Antigua de Ramón Cajal, en el camino hacia una gran era intramuros. El resto del Paraíso carecería de viviendas familiares en la Edad Media. Al norte de la plaza hubo campos y las necesarias "bordas" o pajares. Algunos, posiblemente, también propiedad de la Iglesia.

Lo que parece haber sido un emplazamiento antiguo con una probable ciudad romana habría derivado, en el tejido urbano de La Peña, en una típica población medieval. En la Edad Media, por la necesidad de defenderse, se escogían colinas o lugares abruptos, en islas o aprovechando los meandros de un río, como protección natural frente al enemigo y para proveerse de agua. Siempre se ajustaban a la topografía del lugar elegido, más aún si había, como en Biescas, el precedente probable de una población anterior. De ahí sus formas irregulares, pintorescas y difíciles de clasificar. Las calles se adaptaban al solar del emplazamiento. La iglesia, por su importancia espiritual, ocupaba siempre el núcleo principal, con un característico ensanchamiento envolvente que en el caso de La Peña se tradujo en el primitivo cementerio de Biescas, en la actual plaza de Buenavista. En la plaza de la iglesia solía instalarse el mercado, que en La Peña estaría en la plaza de la fuente. Y allí mismo, o cerca, se situaba el Ayuntamiento, que en nuestro caso podía tener su alternativa en la casa del representante del rey, identificable tal vez con la mencionada Casa Pepe Estaún. La calle principal pasaba por esos dos elementos tan significativos del espacio público, el "centro religioso" y el "centro civil". En el interior se dejaban grandes espacios verdes, para uso común.

Esa condición de nudo de comunicaciones favoreció que los peregrinos a Compostela hicieran en Biescas un alto en el Camino. Allí se encontraban los que llegaban del Norte, los que cruzaban los Pirineos mucho antes, por Bielsa, uno de los pasos preferidos por los viajeros alemanes, y los que llegaban por la vertiente sur pirenaica, de Cataluña o de Italia. Los del Norte atravesaban la cordillera por los puertos de Sallent, encontraban el primer hospital o albergue al entrar en Hispania en Socotor, posiblemente del latín *sub cauto*, "bajo el límite divisorio", y una jornada más tarde alcanzaban el de San Martín, ya en término de Biescas. Los que llegaban del Este se detenían previamente en el monasterio de San Pelay, otra advocación típicamente jacobea. Bajaban luego el monte por la ladera norte, la umbría o "paco" de Gavín, vadeaban el barranco del Sía en el punto donde el agua se remansa, por el puentecillo, y ascendían de nuevo, dejando el pueblo de Gavín a su derecha, en lo alto, hacia los "Campos Mairales". Renovada la provisión de agua limpia y fresca en el manantial, casi milagroso, del "Campo Mairal de abajo" y dedicados a la Virgen, patrona de Gavín, los obligados cantos mariales, ponían rumbo a la cercana Biescas. A veces seguían el camino llano, entre los huertos próximos al Sía. Otras, las más, el camino de herradura de empinadas cuestas, que discurría alejado de las peligrosas crecidas del barranco. Llegaban estos últimos por la zona del Parque de Arratiecho, bordeaban el cementerio ahora abandonado y seguían el perímetro exte-

rior de la muralla bajando por la calle de la Estrella, actual Doctor Fleming, hasta la plaza del mismo nombre, al pie de los dos largos tramos de escaleras que suben a la iglesia de San Salvador, en La Peña. Era una alusión clara a Compostela, el *Campus Stellae*, su destino final.

Los habitantes de las poblaciones del Camino recelaban de los forasteros, especialmente de los peregrinos. Pero les ofrecían en venta todo tipo de productos y les socorrían en caso de necesidad. La plaza de la Estrella sería, en Biescas, un punto de encuentro, con algunos de los servicios más necesarios. Tal vez incluso un mercado, aunque carecemos de datos al respecto. Presidiendo la plaza se alzaba la vivienda del veterinario, la actual Casa Albéitar. A un lado de las primeras gradas estaba la herrería, imprescindible para quienes llegaran a caballo, en carro o en mula, fueran o no peregrinos,

en donde está Casa herrero Víu. Al otro lado de las mismas, Casa Perico Ermitaño indica la existencia de un lugar de culto de menor rango, dedicado al protomártir san Esteban, que acabó dando nombre a la parte baja de La Peña, manteniéndose siempre la primacía de la parroquia de San Salvador. No es extraña la elección de San Esteban. Pertenece a la categoría de los santos curadores. Se creía que las flores que se colocaban en su altar aliviaban a los enfermos, curaba la tiña y, a causa de las piedras de su lapidación, se le invocaba contra los cálculos renales y los dolores de cabeza. En los países germánicos se convirtió, además, en patrón de los caballos, pues el relato de una curiosa leyenda indicaba que fue caballero del rey Herodes. La iglesia o ermita de San Esteban, de la que no se conocen vestigios, estaría relacionada con la presencia, en la antigua plaza de la Estrella, de numerosos



La Peña. Escaleras de la iglesia



La Peña. Calle del Paraíso y Casa La Peña



La Peña. Casa Pepe Estaún



Barrio de San Pedro. Ruinas de la Sala de San Julián



Plaza de la Estrella antes de 1936 (Foto: Colección Sebastián Estaún)

enterramientos, correspondientes a un cementerio que no ha sido sacado a la luz en su totalidad ni estudiado nunca. Las tumbas aparecieron en la década de 1950, con motivo de la realización de unos trabajos para mejorar las infraestructuras urbanas y se taparon de nuevo. Los cadáveres sorprendieron por su buen estado de conservación y su enorme estatura a quienes los vieron, que describen su indumentaria como hábitos de monje, cuando realmente serían las vestiduras propias de su condición de peregrinos. A juzgar por su altura, la mayor parte serían centroeuropeos, que habrían fallecido por el camino o llegaban gravemente enfermos y morían antes de partir. Eran enterrados en un cementerio propio, distinto del de los feligreses locales, justo al comenzar las escaleras. En filas paralelas sucesivas, como si sus propios cuerpos formarían parte de los peldaños que accedían a la iglesia. Tenían el honor de descansar en paz a los pies del Salvador.

Poco a poco algunos vecinos habrían ido construyendo sus casas a lo largo de la actual calle Mayor, en dirección al río y a su puente, que formaría parte del recorrido o rúa de

los peregrinos, por el barrio de San Esteban. Construidas a ambos lados, una a continuación de otra, con sus correspondiente corrales y huertos en la parte posterior, configuraban la disposición típica de las llamadas "ciudades lineales" o "ciudades camino", donde los bajos de cada vivienda albergarían talleres artesanales o puestos de frutas y hortalizas, como escaparate para la venta de provisiones y toda clase de objetos. Este barrio, a la larga, fue creciendo en importancia, continuamente expuesto a las peligrosas crecidas del Gállego.

Una vez visitada la iglesia de San Salvador y cumplido el ritual, los peregrinos debían superar un trámite no siempre fácil. Atravesar el río. En estas situaciones, los viajeros se recomendaban a san Julián. El Gállego era un río muy caudaloso, con un cauce natural inestable. Las avenidas provocadas por el deshielo en primavera y por las copiosas lluvias de otoño habían configurado, durante milenios, el principal obstáculo que se oponía a su cauce, el cerro de La Peña. Esa es la razón por la que no creció definitivamente el barrio bajo hasta la segunda mitad del siglo XVI, cuando comenzaron a levantarse de forma controlada muros de contención, para encauzar las aguas a su paso por Biescas. Pero como el río resultaba en ese tramo fácilmente vadeable, ya existía de antaño un puente de madera, arrastrado y rehecho de nuevo cada vez que era alcanzado por una fuerte crecida de las aguas. El rey Alfonso IV el Benigno ordenaba en 1328 su reconstrucción. La existencia del Camino Real por la margen izquierda del Gállego, pasando por Santa Elena, que se dirigía directamente a La Peña, no excluía el tránsito por la margen derecha, el Campo de San Martín, conocido también como La Cabañera, por donde circulaban pastores y ganados en su trashumancia en busca de los mejores pastos. El Real estaba reservado a las "bestias ferradas".

No tenemos datos sobre cuándo y cómo se originó el Barrio de San Pedro en la orilla derecha. La existencia del puente, además del trasiego de gentes y animales, provocaría la formación de un pequeño núcleo habitado, al amparo de la roca donde se encuentra la iglesia de San Pedro. Un punto elevado, menos que La Peña, al que no llegaban las aguas desbordadas, con un lugar de culto y algún tipo de fortifica-

ción, donde pudieran refugiarse los parroquianos en caso de peligro. Probablemente, al principio, una simple empalizada y una torre. No se han encontrado restos que avalen esta hipótesis. Todo lo que hubiera de esa primera etapa medieval habría sido destruido, y sus materiales aprovechados, en el momento en que se levantó la iglesia de San Pedro actual, en cuya pared norte se supone la existencia de algunos escasos restos de otra más antigua. El edificio más notable del barrio es la mencionada Casa Fuerte de los Acín, conocida como la Torraza, de 1580.

San Julián, conocido como el Hospitalario, *Julianus Hospitator*, gozaba de especial veneración. Su leyenda resulta trágicamente fantástica. Tras cometer un involuntario parricidio, se habría instalado a orillas de un río, al igual que san Cristóbal, para ayudar a los peregrinos a cruzar en su barca y acogerles luego, en un albergue que él mismo había edificado. Fue elegido patrón de barqueros y pescadores, pues el río que atravesaba era rico en pesca, y cómo no, de viajeros, peregrinos y posaderos. A escasos metros de la iglesia parroquial de San Pedro se conserva, aunque en mal estado, un edificio rectangular, de grandes proporciones, que alcanzó más de 40 m de largo por unos 7, como máximo, de ancho. Era conocido como Sala de San Julián. A pesar de no tener un estilo determinado, su origen antiguo indica que esta construcción tuvo que ser un hospital, el albergue o lugar de acogida para los peregrinos que, después de cruzar el Gállego, descansaban y se preparaban para emprender la última etapa hacia el Camino principal. Se accedía a la Sala por la empinada calle de San Roque, el santo antipestoso nacido a mitad del siglo XIV, y la de San Julián, conocida también como calle del Suspiro, porque los peregrinos llegaban hasta allí ya exhaustos. Era el mismo recorrido de los madereros modernos, que la llamaron el Tirador. Tras la obligada plegaria en la ermita de la Virgen de la Collada, cuya antigüedad exacta es imposible determinar en su estado actual, enfilaban el penoso ascenso del collado, hacia el Sobremonte, camino de la Garcipollera y Santa María de Iguácel, para llegar, tan solo en una jornada, prácticamente a las puertas de Jaca.

## Iglesia de San Salvador

COMO LA MAYOR PARTE DE LAS IGLESIAS construidas en el Norte de la Península Ibérica antes del siglo XII, la de Biescas Subirón estuvo dedicada a San Salvador. Se trataría de una iglesia anterior a la románica actual. Existía, al menos, desde el siglo XI y posiblemente antes, pero resultaba suficientemente capaz como para atender las necesidades espirituales de todas aquellas familias que, en diciembre de 1096, enviaron a sus hijos con Pedro I el Católico a la batalla de Alcoraz en Huesca y con Alfonso I el Batallador, en 1118,

a la reconquista de Zaragoza. Nada sabemos de esa iglesia. Podemos plantearnos en este punto dos hipótesis. Una de ellas, que la nueva envolviera a la vieja, rebasándola con sus dimensiones y siendo desmontada progresivamente conforme avanzaba la obra nueva románica, para no interrumpir las funciones de culto y aprovechar a la vez los materiales, algo muy habitual en la Edad Media. O bien que se ampliara con una nueva nave paralela al Sur, manteniendo la original, como vemos tan frecuentemente en la zona. En el primero

de los casos podemos dar por desaparecida la iglesia vieja, a excepción de algunos restos de construcciones, integradas en el ángulo nordeste del templo actual, y aparentemente más antiguas. Entre ellos podría encontrarse la primitiva torre, que más adelante cambiaría de ubicación elevándose, al suroeste, en el extremo opuesto. De ser así, al levantarse las capillas del lado norte rompiendo el muro correspondiente de la iglesia románica, la piedra de ese muro sería aprovechada para construir la pared de fondo de las capillas, tal como la vemos desde la cochera adjunta. En el segundo caso, que parece menos probable, la nave primigenia se habría mantenido al Norte, compartimentada en el siglo XVI y convertida en capillas, junto con esos restos mencionados, donde se alojó finalmente la sacristía. Los materiales siempre se obtendrían del Cemendón, escogiendo para ello los mejores bloques de la piedra del Flysch.

La iglesia románica actual tiene una sola nave, aparentemente de hacia 1200 o incluso algo más avanzado el siglo XIII, cubierta con bóveda de cañón con lunetos, y un ábside semicircular en la cabecera, con la característica bóveda de horno. Solo quedan dos ventanas antiguas. Una axial en el ábside, con el habitual arco de medio punto y doble derrame, y algo más rica la otra, con una gruesa moldura toral, en el muro oriental de la capilla de mayor tamaño de las que hay en el lado de la epístola, que sería reutilizada al construirse la capilla. No se observan con claridad marcas de cantero, aunque parecen insinuarse de manera poco precisa unas pocas, que bien podrían ser tan solo algunas de las abundantes huellas fósiles conservadas en el Flysch. Su ausencia indicaría que fue realizada por una cuadrilla de picapedreros con un contrato cerrado, a precio fijo. Responde formalmente al Románico

que se difundió por toda Europa, en especial a partir del siglo XII, interpretado en esta ocasión con esa austeridad propia de los lugares alejados de los principales focos artísticos de la época.

Encontramos algunas otras iglesias de características similares en el Alto Aragón y, por supuesto en el entorno próximo, que han sido calificadas por su austeridad de Románico rural. Sorripas, Latas, Sardas, Orús, Allué o Lasieso conservan ejemplos de ábsides similares, aunque en la última queda también el de una nave anterior, de tipo serrablés, diferenciada y adosada a la nueva. La iglesia de Lasieso podría servir como referente de las iglesias en las que se construyó una nave de mayor tamaño sin destruir la del templo ya existente, cuyo tramo adjunto a la cabecera sirvió de base, en esa ocasión, a la torre campanario.

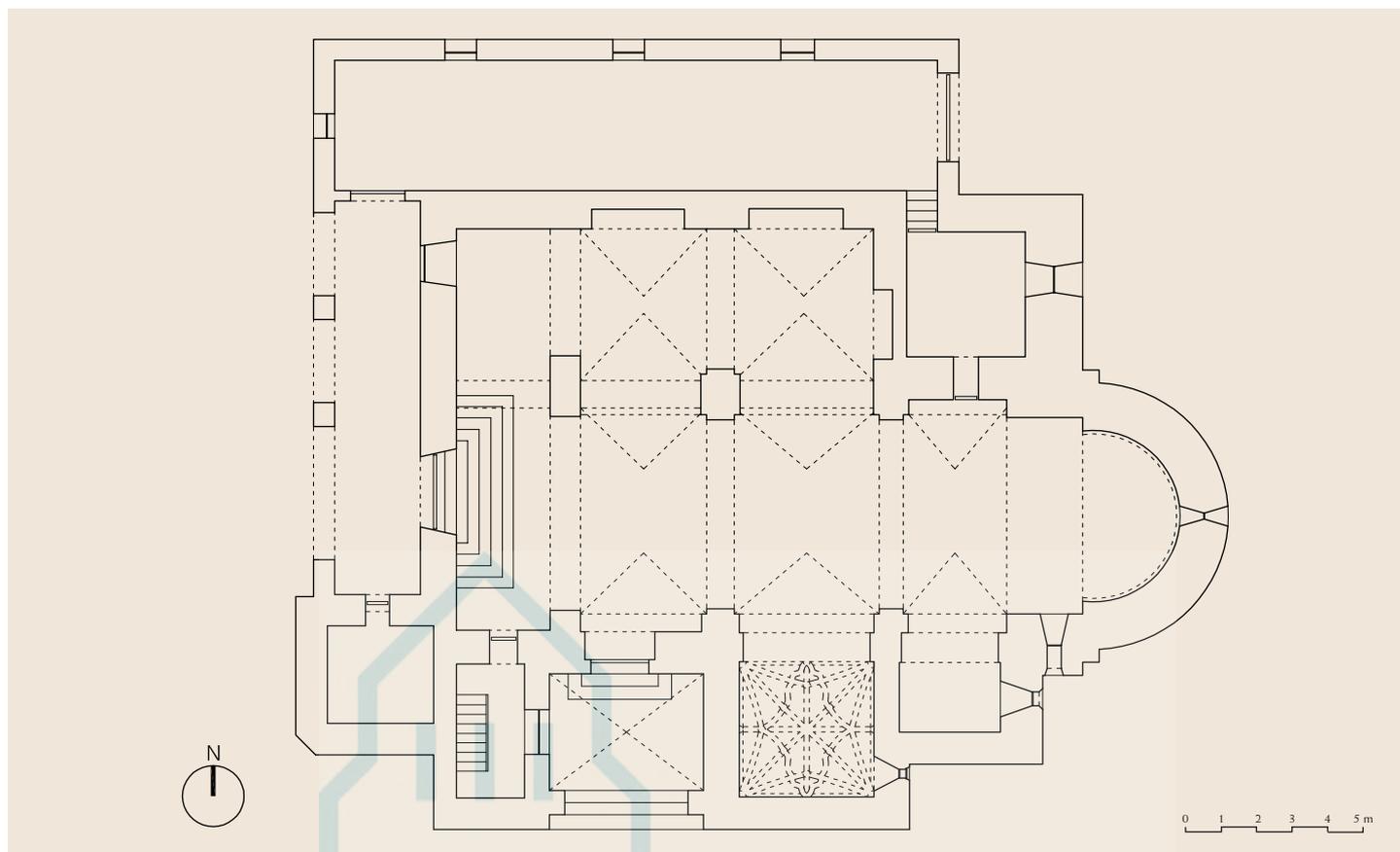
Como en los casos que mencionamos, en San Salvador de Biescas no hay elementos decorativos en los canetes, bajo el alero. No podemos saber si había relieves en la portada, pues no conocemos cómo fue la puerta original, que se encontraría al Sur, donde la actual, pues es lo habitual en los lugares de clima frío, para resguardarse de los vientos del Norte y del Oeste, y disfrutar del calor del sol. Por la misma razón y porque el tamaño del templo no la justificaba, no es probable que hubiera otra puerta en la fachada occidental. Junto a esa puerta meridional estaría ya la pila bautismal románica, monolítica y sin decoración, que se ha conservado. Un porche, la "lonja de la iglesia", cobijaba la entrada. Al lado, en el exterior, se encontraba la capilla de San Sebastián. Desapareció como consecuencia de las restauraciones después de la guerra civil. Sebastián sufrió martirio en Roma en tiempos de Diocleciano. Alcanzó extraordinaria popularidad en la Edad

Vista general



Iglesia de San Salvador con la capilla de San Sebastián delante, hacia 1939 (Foto: Colección Sebastián Estañ)





Planta

Media. Era el primero entre los santos antipestosos, en una época en que las epidemias diezaban sistemáticamente a la población. Como, a pesar de la creencia generalizada, sobrevivió a la tortura de las flechas para caer víctima finalmente de un segundo martirio, se hallaban bajo su protección ballesteros y arqueros. Perdió popularidad cuando terminaron las epidemias de peste. Su capilla debió tener un origen medieval muy antiguo –la costumbre de invocar a este santo se generalizó en el siglo VII–, tal vez contemporánea del templo románico, cuando eran armas mortales la peste, las ballestas y los arcos. Aquella construcción pequeña y cuadrada, que se veía en lo alto en la cara sur de La Peña desde la parte baja del pueblo, pudo ser una especie de conjuradero, uno más de los “esconjuraderos” del Alto Aragón. En ella se invocaría a san Sebastián para librar a los defensores, que luchaban en la muralla, de las flechas y saetas de los enemigos procedentes del valle, atrayéndolas sobre sí mismo. Y, por supuesto, para conjurar la peste. Según aparece en los textos de la Edad Media, el Austro, el viento húmedo del Sur, provoca las lluvias y alimenta las nubes, además de arrastrar todo tipo de enfermedades y pestilencias, que son rechazadas, al otro extremo del mundo, por el gélido viento Aquilón.

Ya en el último tercio del siglo XVI, se hicieron en la iglesia de San Salvador importantes reformas. Las más destacadas, la construcción de capillas laterales, financiadas por

las familias poderosas de la villa. En 1586 estarían recién acabadas, puesto que se proponían como modelo en el contrato para unas obras de ampliación de la iglesia de Tramacastilla. La realización de las capillas habría supuesto la utilización del espacio de la iglesia antigua, en el caso de que se hubiera mantenido junto a la construcción de la actual, compartimentada por las mismas. Si, por el contrario, fueron añadidas, la misma piedra que se retirara del muro lateral sería reutilizada para la pared de fondo de las nuevas construcciones. De cualquier modo las correspondientes bóvedas góticas habrían provocado los lunetos que ahora se observan en la bóveda de cañón románica de la iglesia, por ser perpendiculares a la misma.

Biescas fue línea de frente durante la guerra civil. La destrucción originada por los bombardeos afectó directamente al barrio de La Peña, pese a lo cual la iglesia de San Salvador no sufrió demasiados daños. En 1947 se hacía el proyecto de restauración. Se construyó el porche con arcadas que hoy vemos a los pies de la iglesia, en el terreno del cementerio que ocupaba un viejo almacén. Por lo demás, no hubo alteraciones estructurales en el edificio románico, aunque sí se modificó en varios puntos el aspecto exterior, por la aplicación de los materiales y criterios propios de Regiones Devastadas.



Interior

### Bibliografía

DÍEZ ARRANZ, F., 1998a; DURÁN GUDIOL, A., 1973a, pp. 15, 56, 108; DURÁN GUDIOL, A., 1975a, pp. 117, 195; DURÁN GUDIOL, A., 1981; DURÁN GUDIOL, A., 1996, pp. 71-85; DURÁN GUDIOL, A., 1997; DURÁN GUDIOL, A. y BUESA CONDE, D. J., 1981, pp. 46, 75-76, 76-78.; ESTABLÉS ELDUQUE, J. M., 1996; ESTAÚN VILLOSLADA, P., 2010; GARCÍA OMEDES, A.,

2005; GÓMEZ DE VALENZUELA, M., 2006, p. 221; GÓMEZ DE VALENZUELA, M., 2009; LAPEÑA PAÚL, A. I., 1989, pp. 322-323; MUR SAURA, R., 2008b; MUR SAURA, R., 2010; PALACIO ALLUÉ, M., 2009; PALACIO ALLUÉ, M., 2010; UBIETO ARTETA, A., 1963a, II, doc. 166; VÁZQUEZ DE PARCA, L., LACARRA Y DE MIGUEL, J. M. y URÍA RIU, J., 1948-1949 (1998), I, pp. 47, 79, 124-131, 147-150, 153, 209, 223, 288-291; II, pp. 9-10.